

## **A SOTAVENTO**

**Mar Horno García**

### **Tercer premio de la X edición del certamen Madrid Sky**

Siguió el movimiento de sus labios y adivinó las palabras: “tranquila, no te levantes, sigue durmiendo”. La esposa suspiró y se dio la vuelta en la cama. Se oían truenos a lo lejos. Al viejo marinero siempre le pasaba lo mismo cuando regresaba a casa. No podía dormir en tierra firme. Echaba de menos el sueño en movimiento, el balanceo de las olas meciendo su cuerpo. Ahora más, con la jubilación. Sin hacer ruido, bajó al patio y evitó la rotundidad de la quietud tumbándose en la hamaca, que le acunó con su tierna oscilación de péndulo. Cerró los ojos e imaginó que estaba en el mar. De pronto, ululó una lechuza y, con su premonición de muerte inmóvil, le desbarató la fantasía de encontrarse de nuevo en su barca. Nave madura y achacosa, que hacía aguas por popa, pero que recordaba todavía cómo navegar entre los bajíos. El marinero salió a la calle en zapatillas y se encaminó a la escollera en busca de la tormenta. Saboreó el salitre que se le posaba en los labios como un beso. Al amanecer, volvió a su casa con el reflejo de las caracolas en los ojos. Sin desayunar, se encerró en el taller. Allí pasaba los días, cosiendo las redes de su nostalgia, reparando las nasas para cazar los cangrejos que devoraban su vejez. La preocupación se instaló en la esposa. Para que se distrajese, un día salió a comprar una minúscula maqueta de un barco que había que meter en una pequeña botella. Al viejo se le encendieron los ojos cuando la vio y pasó las siguientes semanas más tranquilo. Por el día, visitaba el puerto, embarcándose con algunos paisanos para calmar la murria. Por la noche, construía su minúsculo barco. Uno de esos días, no llegó a la hora de comer. La esposa recorrió el paseo, el muelle, el bar de pescadores, su cochambrosa barca abandonada en el moridero del puerto. No estaba. Con el paso de las semanas lo dieron por muerto. Se lo ha llevado el mar, comentaron los vecinos. La esposa lloró su soledad sin darse cuenta de que siempre había estado sola, que el marido era de otra. Ordenó la casa, tiró trastos, donó ropa. En la mesa del taller todavía reposaba la maqueta. La tomó con cuidado entre las manos y miró la miniatura. Un galeón del siglo XVII sobre un embravecido mar de plástico. Suspiró hondo. Luego se fijó bien. Incrédula, arrugó el entrecejo. Fue a por sus

gafas de coser. Volvió a mirar. Allí estaba, en la cubierta. Su gorra de capitán calada hasta las orejas para que no se la volara el viento. De pronto, el viejo marinero manejó con habilidad el timón, hizo virar la nave a sotavento y desapareció por el horizonte de la botella.